

ANTES, hace algunos años, no muchos, las oficinas del Estado eran unos lugares feos, oscuros, tristes y desagradables, en los que unos hombres, en general agobiados de hijos y de preocupaciones, ganaban obscuramente su vida entre trasnochados expedientes y chupadas heroicas a unos cigarros francamente incombustibles, que el tiempo y la constancia convertían a veces en colillas eternas.

Los escritores más o menos satíricos, los periodistas y autores de comedias ridiculizaban de continuo a estos hombres de oficina, llamados en general Pérez, Gutiérrez o Martínez, trayendo a colación el brillo de sus codos y las rodilleras de sus pantalones.

Pero aquella leyenda de la oficina fea, destartalada y sucia, pasó como han pasado las "carabinas" y las "patronas", aunque todavía queden algunas sobre la tierra.

"LAS FUNCIONARIAS"

Hoy, las oficinas del Estado huelen a perfumería en invierno, y a lilas y claveles en estas maravillosas mañanas de junio.

Esos concursos anunciados en los periódicos, en los que se lee bajo la convocatoria el sugestivo letrero de "Se admiten señoritas", han obrado el milagro. Cientos de muchachas toman parte en cada una de estas oposiciones, y poco a poco han ido invadiendo los Ministerios, los Gobiernos Civiles, las Delegaciones de



Las funcionarias del Estado no pueden disimular su alegría cuando hablan de que podrán llegar a jefes de Administración y aun... a directoras generales, gracias a la República.

La mujer en la Administración del Estado

Las funcionarias de la República



Hacienda, hasta convertir estos sitios en cosas totalmente distintas a lo que eran antes.

Una funcionaria bonita y simpática, aunque demasiado modesta hasta el punto de ocultar su nombre, nos ha hablado de lo que significan las mujeres en la Administración pública.

—Cuando yo ingresé—dice—, hace ya bastante tiempo, apenas éramos diez aquí en el Ministerio. Hoy pasamos de noventa, y en otras oficinas aún hay más. Muchos hombres miran con recelo esta invasión, pero, a la larga, van comprendiendo que nosotras rendimos el trabajo necesario, y que el sueldo inicial, que para un hombre no es nada, soluciona la vida a una mujer arregladita.

Tiene razón mi simpática interlocutora. Con cincuenta duros, un hombre, por austero que sea, está fatalmente condenado a llevar rodilleras en los pantalones. En cambio, los mismos cincuenta duros, cobrados por estas gentiles muchachitas, son casi una fortuna.

—Naturalmente—continúa—que ninguna tenemos automóvil; pero fíjese usted. La mayoría de las empleadas procedemos de familias de la clase media, que, si bien no tienen para pagarnos lujos y diversiones, al menos no les falta para mantenernos. Suponiendo que se ayude algo en casa, porque es justo, queda al mes libre más de la mitad de la paga, veinticinco durazos, con los cuales hay para ir vestidas a la última moda, para llevar siempre buenas medias y para ondularse con frecuencia y tomar algún "taxi" que otro los días que se está a punto de llegar tarde a la oficina.

—¿Pero todas no estarán en esta situación de privilegio?

—Claro que no. Hay muchísimas que no sólo tienen que vivir por su cuenta, sino mantener a sus padres, viejos o enfermos. Otras dedican las horas libres a estudiar una carrera, que, naturalmente, se costean ellas mismas; pero aun así viven mejor que los compañeros que se encuentran en las mismas circunstancias. Una mujer, con un duro, hace más que un hombre con tres, sobre todo si ese duro lo ha ganado ella.

LO QUE DEBEN LAS FUNCIONARIAS A LA REPÚBLICA

Las señoritas empleadas y las que aspiran a serlo están muy contentas.

¿No les parece a ustedes que las palabras "tramitars", "resolver", "expedientes", etc., etc., de-
ben de sonar muy bien cuando las pronuncia esta "tontería" de funcionaria?

Hasta ahora, su presencia en las oficinas del Estado significaba, ante todo, la sumisión a un jefe. sumisión que no desaparecía nunca. Las mujeres entraban a prestar sus servicios como "auxiliares", con idéntico esfuerzo que los hombres. Pasado cierto tiempo, podían, como ellos, hacer oposiciones y conseguir la categoría de "oficiales", pero de ahí no era posible pasar.

—Fíjese qué cosa más absurda—me dice la simpática funcionaria—: a una mujer, por el solo hecho de serlo, le estaba prohibido obtener la categoría ni siquiera de jefe de Negociado. No hablemos ya de jefes de Administración. Eso, ni soñarlo. Así, que por mucho talento y capacidad que demostrásemos, nuestra condición de mujeres nos hacía estar fatalmente condenadas a desempeñar en la Administración pública un papel secundario.

—Pero ahora todo ha cambiado, ¿no?

—Naturalmente. La República, que ha concedido tantas cosas a la mujer en general, no podía olvidarse de sus funcionarias, que venían siendo víctimas de una injusticia. Ya tenemos franca la carrera administrativa y de una manera definitiva, puesto que está escrito en la Constitución.

—¿Todas estarán muy satisfechas?

—Supongo que sí, especialmente aquellas para quienes la carrera administrativa no significa una cosa transitoria. Yo, especialmente, he tenido una satisfacción muy grande, porque esto era de justicia, y otra pequeña en mi amor propio.

—¿Por qué?

—Verá usted. Preparaba yo estas oposiciones siendo casi una niña, y un día le pregunté a mi profesor a qué categoría podría yo llegar con el tiempo, caso de obtener plaza. "Señorita—me contestó, bastante satisfecho, porque era antifeminista—: usted será auxiliar y, cuando más, oficial. Jefe, ni pensar. Yo lo siento—concluyó, en tono irónico—, pero nunca se dará usted la satisfacción de despachar con un director general.

Eso se queda para estos señores."

Y se-ñaló

a mis compañeros de clase. Me molestó aquel trato de inferioridad, hasta el punto que cuando me enteré de que no sólo podía llegar a despachar con un director general, sino hasta a serlo, fui a buscar a aquel profesor.

—¿Y lo encontró usted?

—Claro. Estuvo muy galante, pero no muy convencido; ya le he dicho que era antifeminista. En fin, como también es funcionario, no pierdo las esperanzas de verle un día entrar a despachar conmigo, cuando yo sea directora general—dice mi interlocutora, ahuecando la voz y profanando la severidad de la oficina con una sonora carcajada.

—A lo mejor...

—Bueno. No ponga usted eso, que es una broma, ¿eh? Pero...—continúa, después de quedarse un momento pensativa—sería gracioso. ¿No le parece a usted? Estaría bien que una de nosotras llega-



Veán aquí a la secretaria particular del subsecretario de Agricultura despachando la correspondencia.



¿Quién se atreve ahora a ir a la oficina con brillo en los codos sabiendo que en ella se van a encontrar con estas gentiles compañeras?

ra a ser directora general o ministra del Ramo. ¡Qué rabia les iba a dar a algunos compañeros que, no obstante tener la misma categoría administrativa que nosotras, ellos se denominan funcionarios y a nosotras nos llaman, despectivamente, mecanógrafas.

—¿Es que les molesta la competencia?

—No creo. En realidad, no tenemos nada que decir, porque, por parte de nuestros jefes y compañeros, no recibimos más que atenciones y pruebas de afecto; pero si me guarda usted el secreto...

—¿Cómo no, señorita? Diga cuanto quiera, en la seguridad de que no se enterará nadie.

—Pues verá usted; yo creo que a los hombres les satisface nuestra presencia aquí como en todas partes, siempre que estemos en situación de inferioridad. Es decir, como elemento decorativo y auxiliar les parecemos muy bien.

La idea de que algún día tendrán que estar subordinados a una de nosotras, ¡la verdad!, yo creo que no les hace ninguna gracia. Vuelvo a repetirle que de esto no diga usted nada. Confío en su discreción.

Decididamente, esta muchacha, que tiene tan buen sentido para todo, es una ingenua, una verdadera ingenua.

Cree que se puede ser al mismo tiempo periodista, mujer y, además, discreta: ¡qué equivocación!

Yo le pido perdón, simpática e inteligentísima funcionaria. Usted me ha pedido que no se entere nadie..., pero..., total, ¿qué son los trescientos mil lectores de ESTAMPA, comparados con la inmensidad de seres humanos que pueblan la Tierra?

JOSEFINA CARABIAS

No todo va a ser despachar expedientes. Algunos ratos se charla, pero son los menos.

(Fotos Benítez Casaux.)

